



La pluma del escribiente

Por JORGE EDWARDS

Los ecos de este segundo centenario del nacimiento de don Andrés Bello, uno de los padres fundadores de la nación chilena, se han escuchado entre nosotros con extraordinaria debilidad, de un modo casi imperceptible, apagados por el bullicio de asuntos mucho más inmediatos. El país de historiadores tiende a convertirse en un país aquejado de amnesia histórica.

En estas condiciones, hablar de José Victorino Lastarria, el campeón de la causa liberal y del movimiento intelectual de 1842, el narrador de "El mendigo" y de "Don Guillermo", que forman parte de nuestra prehistoria literaria, parece una extravagancia completa. Bernardo Subercaseaux, que pertenece a la nueva promoción de ensayistas y críticos literarios, se ha podido dar este lujo en el refugio de la universidad norteamericana de Harvard, en uno de los ambientes intelectuales más estimulantes y más rigurosos que todavía sobreviven en el mundo contemporáneo. Ese trabajo ha cristalizado en su libro reciente, publicado en Chile en estos días, "Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX".

Lastarria fue un personaje incómodo, atrabiliario, contradictorio, de una susceptibilidad aguda, que transformaba su inseguridad social en agresividad y soberbia. El famoso "tengo talento y lo huzco", de una de sus polémicas parlamentarias, formaba parte de su coraza defensiva. Era un poco irreal y sospecho, por mi parte, que su estilo literario es uno de los más estrambóticos que existen en nuestra lengua. Fue una mezcla de Mariano José de Larra y de Violeta Quevedo, un gran ingenio del lenguaje, con momentos de auténtica fantasía y abundante hojarasca.

Bernardo Subercaseaux describe muy bien la evolución y la permanente coexistencia de dos actitudes en Lastarria: la del escritor que sólo concibe la literatura como forma de alegato social, como instrumento de crítica y de reforma, y la del narrador que se acerca a una concepción más moderna de la escritura, abandonando la simple prédica política y adoptando lo que él llamó "la pluma del escribiente". A diferencia de Alberto Blest Gana, su contemporáneo y compañero de batallas ideoló-

gicas, Lastarria se queda siempre a mitad de camino, entre la alegoría y el intento de crear mundos novelescos.

Lastarria sabía manejar la lengua castellana, pero adolecía de una curiosa insensibilidad para lo concreto. Era un idealista puro, y estaba convencido de que las sociedades humanas se movían por luchas de ideas. España, y en general Europa, representaban para él el atraso, el oscurantismo, la monarquía absoluta y la inmovilidad de los siglos coloniales. América, en cambio, era el continente de la libertad y del progreso. Los ejemplos en contrario, con Juan Manuel de Rosas en Argentina y el doctor Francia en Paraguay, estaban desplegados delante de las narices del tribuno, pero éste se mantenía en la esfera de las grandes generalizaciones.

Luis Oyarzún, que tuvo tiempo, entre su poesía, sus excursiones botánicas y sus clases de estética, de escribir una biografía de José Victorino Lastarria, hace una observación muy certera sobre éste como escritor. Dice que Lastarria tenía una sensibilidad capaz de captar directamente las cosas del universo, "hombres, montes o tempestades", pero que no podía ejercitarla si no se encontraba "de viaje, desterrado o en vacaciones, desconectado en todo caso de sus deberes mayores de conductor de pueblos".

Como escritor de viajes, en efecto, Lastarria alcanza momentos de una prosa y de una fantasía superiores. Las cavernas góticas y los imbunches de "Don Guillermo" no consiguen plasmar en unidad novelesca, pero he aquí un texto, "Tempestad", que relata un viaje en vapor por el río Paraná y que anuncia, de alguna manera, el realismo mágico de Juan Rulfo y de García Márquez:

"Allá en los mares, una nave es el juguete de las olas y los vientos, que se disputan su suerte y cuando no la destruyen entre ambos, la estrellan en una roca para dispersar sus aristas; pero en el río Paraná, una nave en un temporal se convierte en un pasajero del bosque, y si salva de ser anegada en un escollo de barro, puede hallar un mulido lecho en las copas de los árboles y quedar allí encajada como un nido de un chajá".

20902

"El gran día de los elefantes y otras historias" [artículo] Luis E. Aguilera G.

Libros y documentos

AUTORÍA

Aguilera, Luis E., 1957-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1985

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"El gran día de los elefantes y otras historias" [artículo] Luis E. Aguilera G.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile